

**Agota Kristof**

*Ayer*

Traducción de Ana Herrera

Libros del Asteroide 

## La huida

Ayer soplabla un viento conocido. Un viento que ya me había encontrado.

Era una primavera precoz. Iba andando al viento con paso decidido, rápido, como todas las mañanas. Sin embargo, tenía ganas de volver a la cama y acostarme, inmóvil, sin pensamiento alguno, sin deseo alguno, y quedarme allí acostado hasta que sintiera aproximarse esa cosa que no es ni voz, ni gusto, ni olor, tan solo un recuerdo muy vago, venido de más allá de los límites de la memoria.

Lentamente, se abrió la puerta y mis manos colgantes tocaron con espanto los pelos sedosos y suaves del tigre.

—Música —dijo—. ¡Toca algo! Al violín o al piano. Mejor al piano. ¡Toca!

—No sé tocar —respondí yo—. No he tocado el piano en toda mi vida, no tengo piano y no lo he tenido nunca.

—¿En toda tu vida? ¡Qué tontería! ¡Venga, ve a la ventana y toca!

Frente a mi ventana había un bosque. Veía a los

pájaros reunirse en las ramas para escuchar la música. Veía a los pájaros. Con la cabecita inclinada y los ojos fijos que miraban a algún sitio a través de mí.

Mi música era cada vez más fuerte. Se volvía insoponible.

Un pájaro cayó muerto de una rama.

La música cesó.

Me di la vuelta.

Sentado en medio de la habitación, el tigre sonreía.

—Ya basta por hoy —dijo—. Tendrías que practicar más a menudo.

—Sí, te lo prometo, practicaré. Pero espero visitas, ya me entiendes, por favor. A ellos les podría parecer un poco rara tu presencia aquí, en mi casa.

—Por supuesto —respondió, bostezando.

Con pasos mullidos, atravesó la puerta, que cerré con doble vuelta de llave tras él.

—Hasta la vista —me dijo.

Line me esperaba en la puerta de la fábrica, apoyada en la pared. Estaba tan pálida y triste que decidí pararme a hablar con ella. Sin embargo, pasé de largo, sin volver la cabeza siquiera en su dirección.

Un poco más tarde, cuando ya había puesto en marcha la máquina, se me acercó.

—¿Sabes?, es raro. No te he visto reír nunca. Te conozco desde hace años. Y en todos estos años que hace que te conozco, no te has reído ni una sola vez.

La miré y solté una carcajada.

—Prefiero que no lo hagas —dijo ella entonces.

En aquel momento sentí una viva inquietud y me asomé a la ventana para ver si seguía soplando el viento. El movimiento de los árboles me tranquilizó.

Cuando me volví, Line había desaparecido. Entonces le dije:

—Line, te quiero. Te quiero muchísimo, Line, pero no tengo tiempo de pensar en ello, tengo que pensar en tantas cosas, ese viento, por ejemplo, tendría que salir ahora y pasear al viento. No contigo, Line, no te ofendas. Pasear al viento es algo que se debe hacer solo, porque hay un tigre y un piano cuya música mata a los pájaros y el miedo solo se puede ahuyentar con el viento, ya se sabe, hace muchísimo tiempo que lo sé.

Las máquinas tocaban el ángelus a mi alrededor.

Recorrí el pasillo. La puerta estaba abierta.

Esa puerta siempre estaba abierta y, sin embargo, nunca intenté salir por esa puerta.

¿Por qué?

El viento barría las calles. Esas calles vacías me parecían extrañas. No las había visto nunca por la mañana de un día laborable.

Más tarde me senté en un banco de piedra y me eché a llorar.

Por la tarde hacía sol. Unas nubecillas corrían por el cielo y la temperatura era muy suave.

Entré en una cafetería, tenía hambre. El camarero me puso delante una fuente con bocadillos.

Me dije:

—Ahora tienes que volver a la fábrica. Debes volver,

no tienes motivo alguno para dejar de trabajar. Sí, ahora mismo vuelvo.

Me eché a llorar de nuevo y me di cuenta de que me había comido todos los bocadillos.

Cogí el autobús para llegar antes. Eran las tres de la tarde. Aún podía trabajar dos horas y media.

El cielo se había encapotado.

Cuando el autobús pasó por delante de la fábrica, el revisor me miró. Más adelante me tocó el hombro.

—Es la última parada, señor.

El lugar donde bajé era una especie de parque. Unos árboles, unas casas. Cuando me interné en el bosque ya era noche cerrada.

La lluvia arreciaba, mezclada con nieve. El viento me golpeaba el rostro con furia. Pero era él, el mismo viento.

Yo andaba cada vez más deprisa hacia una cumbre.

Cerré los ojos. De todos modos, no veía nada. A cada paso me golpeaba con un árbol.

—¡Agua!

Alguien había gritado por encima de mí, a lo lejos.

Era ridículo, había agua por todas partes.

Yo también tenía sed. Eché la cabeza hacia atrás y, con los brazos separados, me dejé caer. Hundí el rostro en el barro frío y ya no me moví más.

Así fue como me morí.

Pronto mi cuerpo se confundió con la tierra.

Naturalmente, no estoy muerto. Un paseante me encontró echado en el barro, en pleno bosque. Llamó a una ambulancia, me llevaron al hospital. Ni siquiera estaba congelado, solo empapado. Simplemente había dormido una noche en el bosque.

No, no estaba muerto, solo tenía una bronconeumonía casi mortal. Tuve que quedarme seis semanas en el hospital. Cuando me curé de la enfermedad de los pulmones me trasladaron al pabellón psiquiátrico, porque había intentado suicidarme.

Estaba contento de seguir en el hospital, porque no quería volver a la fábrica. Me encontraba bien, me cuidaban, podía dormir. Podía elegir la comida entre varios menús. Incluso podía fumar en el saloncito. Cuando hablaba con el médico, también podía fumar.

—No podemos escribir nuestra propia muerte.

Fue el psiquiatra quien me dijo aquello, y estoy de acuerdo con él, porque cuando se está muerto, ya no se puede escribir. Pero yo creo que puedo escribir lo que me dé la gana, aunque sea imposible, aunque no sea verdad.

En general, me contento con escribir dentro de mi cabeza. Es más fácil. En la cabeza, todo se desarrolla sin dificultad. Pero, en cuanto se escribe, los pensamientos se transforman, se deforman, y todo se vuelve falso. A causa de las palabras.

Escribo allá donde voy. Escribo caminando hacia el autobús, escribo en el autobús, escribo en el vestuario de hombres, delante de mi máquina.

El problema es que no escribo lo que tendría que escribir, sino que escribo cualquier cosa, cosas que nadie puede comprender y que yo mismo no comprendo tampoco. Por la noche, cuando transcribo lo que he escrito en mi cabeza a lo largo del día, me pregunto por qué habré escrito todo eso. ¿Para quién y por qué?

El psiquiatra me pregunta:

— ¿Quién es Line?

— Line es un personaje inventado. No existe.

— ¿Y el tigre, el piano, los pájaros?

— Son pesadillas, nada más.

— ¿Intentó suicidarse a causa de sus pesadillas?

— Si realmente hubiera querido suicidarme, ya estaría muerto. Solo quería descansar. No podía seguir con mi vida así, la fábrica y todo lo demás, la ausencia de Line, la ausencia de esperanza. Levantarse a las cinco de la mañana, caminar, correr por la calle para coger el autobús, cuarenta minutos de trayecto, la llegada al cuarto pueblo, entre los muros de la fábrica. Correr a ponerse la bata gris, fichar amontonándose ante el reloj, correr hacia la máquina, ponerla en mar-

cha, hacer el agujero lo más deprisa posible, perforar, perforar, siempre el mismo agujero en la misma pieza, diez mil veces al día si es posible, de esa velocidad depende nuestro salario, nuestra vida.

El médico dijo:

—Es la condición obrera. Debería estar contento de tener trabajo. Hay mucha gente en paro. En cuanto a Line... Una chica rubia muy guapa viene a verle todos los días. ¿No se llamará Line?

—No, es Yolande, no se llama ni se llamará nunca Line. Sé que no es Line. No es Line, es Yolande. Qué nombre más ridículo, ¿verdad? Y es tan ridícula como su nombre. Con su pelo teñido de rubio, recogido en lo alto de la cabeza, las uñas pintadas de rosa, largas como garras, los tacones de aguja de diez centímetros. Yolande es muy muy bajita, señor, así que lleva zapatos con tacones de diez centímetros y un peinado ridículo.

El médico se ríe.

—Entonces ¿por qué sigue viéndola?

—Porque no tengo a nadie más. Y porque no me apetece cambiar. Hubo una época en la que cambié tanto que ahora estoy cansado. De todos modos, siempre es lo mismo, ¿qué más da una Yolande que otra? Voy a su casa una vez por semana. Ella cocina y yo llevo el vino. Entre nosotros no hay amor.

El médico dice:

—Por su parte quizá no. Pero ¿qué sabe usted de los sentimientos de ella?

—No quiero saber nada. Seguiré viéndola hasta que llegue Line.

—¿Todavía cree en ella?



—Claro. Sé que existe en alguna parte. Siempre he sabido que no había venido al mundo más que para conocerla. Y ella igual. Ella no ha venido al mundo más que para conocerme a mí. Se llama Line, es mi mujer, mi amor, mi vida. No la he visto nunca.

A Yolande la conocí cuando fui a comprarme unos calcetines. Negros, grises y blancos de tenis. Yo no juego al tenis.

A Yolande la encontré muy guapa la primera vez. Graciosa. Inclina la cabeza al enseñarme los calcetines, sonreía, casi bailaba.

Pagué los calcetines y le pregunté:

—¿Podríamos vernos en otro sitio?

Se echó a reír tontamente, pero su tontería no me importaba. Solo su cuerpo.

—Espérame ahí enfrente, en el café. Acabo a las cinco.

Compré una botella de vino y luego me quedé esperando en el café de enfrente con los calcetines en una bolsa de plástico.

Llegó Yolande. Nos tomamos un café y después fuimos a su casa.

Cocina bien.

Yolande puede parecer guapa a quien no la haya visto al despertarse.

Entonces no es más que una cosita pequeña y arrugada, con el pelo lacio, el maquillaje corrido, unas ojeras inmensas de rímel alrededor de los ojos.

La observo mientras va a ducharse: tiene las piernas flacas y casi nada de nalgas y pechos.

Se pasa al menos una hora en el cuarto de baño. Cuando sale, vuelve a ser la Yolande guapa y fresca, bien peinada, bien maquillada, encaramada a sus tacones de diez centímetros. Sonriente. Riendo tontamente.

Por lo general, vuelvo a casa tarde la noche del sábado, pero a veces me quedo hasta la mañana del domingo. Entonces también desayuno con ella.

Va a buscar cruasanes a la panadería que abre los domingos, a veinte minutos andando de su casa. Prepara café.

Comemos. Después vuelvo a casa.

¿Qué hace Yolande los domingos cuando me marcho? No lo sé. No se lo he preguntado nunca.



## La mentira

De todas mis mentiras, esta es la más divertida: cuando te conté las ganas que tenía de volver a mi país.

Tú parpadeabas, enternecida, y te aclarabas la voz buscando palabras reconfortantes y comprensivas. No te atreviste a reír en toda la velada. Valió la pena contarte aquella historia.

Cuando regresé a casa, encendí las lámparas en todas las habitaciones y me planté ante el espejo. Me miré hasta que mi imagen se volvió borrosa e irreconocible.

Anduve por mi cuarto durante horas. Mis libros estaban tendidos sin vida sobre la mesa y los estantes, la cama estaba fría, demasiado limpia, no debía acostarme.

Se acercaba el amanecer y las ventanas de las casas de enfrente estaban todas negras.

Comprobé varias veces que la puerta estuviese cerrada, luego intenté pensar en ti para conciliar el sueño, pero no eras más que una imagen gris, huidiza, como el resto de mis recuerdos.

Como las montañas negras que atravesé una noche

de invierno, como el cuarto de la granja destartada donde me desperté una mañana, como la fábrica moderna donde llevo trabajando diez años, como un paisaje demasiado visto que uno ya no tiene ganas de contemplar.

Al cabo de poco no me quedó ya nada en lo que pensar, solo me quedaron algunas cosas en las que no quería pensar. Me habría gustado llorar un poco, pero no podía, porque no tenía ningún motivo para hacerlo.